

KURT TUCHOLSKY

Ein Pyrenäenbuch (Un libro pirenaico)

Hamburgo, 1957, Rowohlt Verlag.

Kurt Tucholsky es otra vez uno de los escritores en alza tras unos años de desconocimiento y de silencio. Su obra impresa ronda en estos momentos los seis millones de ejemplares. Son sus publicaciones más importantes “Das Lächeln der Mona Lisa” (La sonrisa de Mona Lisa), Berlín 1929, “Schloss Gripsholm” (El castillo Gripsholm) Berlín, 1931, “Lerne lachen ohne zu weinen” (Aprende a reír sin llorar) Berlín, 1931, “Christoph Kolumbus oder die Entdeckung Amerikas” (Cristóbal Colón o el descubrimiento de América) Berlin, 1932, y la obra que ahora va a ocupar nuestra atención editada en Berlin en 1927. T. es más conocido naturalmente en el área lingüística germánica. Sin embargo traducciones totales o parciales de su producción literaria lo han dado ya a conocer a los lectores de Bulgaria, Checoeslovaquia, Dinamarca, Estados Unidos, Gran Bretaña, Holanda, Hungría, Italia, Japón, Portugal y Suecia. No existen que sepamos hasta el momento versiones en lengua española salvo breves textos recogidos en revistas y periódicos.

Nacido en Berlin en 1890 de familia judía va a ingresar muy pronto en las filas de los publicistas mal vistos por el poder. Persona muy dotada, inconformista nato, amante de la justicia y de la libertad, convencido pacifista, intuye muy pronto el alto nivel de peligrosidad pública del hombre y de la ideología que acaba de asumir el poder en Alemania. La atmósfera política alemana le va resultando cada vez más irrespirable y elige el duro camino del exilio. Pronto será privado de sus derechos civiles por el régimen nacional-socialista y su obra prohibida y echada a la hoguera. La falta bastante generalizada de coraje cívico frente a los nuevos amos, problemas personales afectivos y de salud le sumen en una depresión creciente. Un frío día del mes de diciembre de 1935 en su destierro de Suecia, T. se quita la vida.

T. es un escritor claramente polifacético. Cultiva la novela, la poesía, el teatro, el artículo periodístico. Es ingenioso, de fino humor, a veces satírico hasta el sarcasmo. Sobre todo contra el aparato del régimen y su nueva mitología. Los nazis nunca le perdonarán. En abril de 1924 viene a París de corresponsal de una publicación importante. Francia pronto le fascina. En un momento de desahogo económico T. se dedica a viajar. Los Pirineos constituyen una de sus metas. Son los días en España de la dictadura de Primo de Rivera y del destierro en Hendaya de Miguel de Unamuno. T. no es un turista ordinario. Quiere con su viaje a los Pirineos recoger experiencias entrando en contacto con el paisaje, la arquitectura y las gentes. Y de esta forma sentirse cambiado y enriquecido. Recorre —generalmente por territorio francés— el camino pirenaico que va desde el País Vasco a Andorra. Y estampa sus impresiones. Un diario de viaje que contiene páginas de una belleza extraordinaria. Alguien ha dicho que desde los días de los “Reisebilder” de Heinrich Heine no se había escrito algo similar. Nosotros vamos a seguir únicamente su viaje por Euskalherria. Un camino vasco que arranca de Bayona, sigue por Biarritz, San Juan de Luz, Ciboure, Hendaya, Zumaya, Loyola, Roncesvalles, Saint-Jean-Pied-de-Port y termina en Mauléon y Tardets.

T. no es un viajero vulgar. Lo hemos anotado. Viene a nuestro país tras haberse informado sobre la historia y la cultura de sus gentes. Conoce las luchas de banderías del medievo, las guerras religiosas de la edad moderna entre católicos y calvinistas, el movimiento jansenista que impulsa Saint-Cyran, la controversia moderna en torno a los orígenes de la lengua vasca, el interés por ella en el mundo germánico asociado a los nombres de Humboldt, Hübner, Uhlenbeck, Linschmann, Philips y Schuhardt. Sabe de la costumbre secular del pueblo vasco de emigrar a tierras de California, Argentina y Chile y del indiano que regresa a su aldea tras haber hecho fortuna. Se deja informar sobre el menester del contrabando —honrado menester— a través de la montaña, sobre su carácter único, sobre su decadencia en los momentos actuales. Nuestro escritor recoge dichos y anécdotas que retratan nuestra tierra y sus habitantes. El dicho de que los bayoneses son “amables, cordiales y falsos como madera de horca”. La audacia de la primera mujer que bailó en público en las fiestas de Mauléon. La anécdota de aquel vasco que respondió impertérrito al conde Montmorency que se ufana de su linaje: “Nosotros, señor Conde, no procedemos”. Y la respuesta que dio otro nativo a un admirador ferviente de nuestro pueblo que afirmaba que había que conservar a los vascos en una torre de oro y plata: “Sí, pero tendría que haber un frontón”. T. ha leído a Pierre Loti. “Ramuntxo” no le ha gustado. Demasiado artificial, demasiado romanticismo.

¿Cómo ve T. a nuestro país? Vamos a dejar, más que nada por razones de brevedad, largos y sabrosos relatos sobre una corrida de toros en Bayona y el veraneo de Biarritz. La vena satírica de T. se ceba en los aristócratas españoles que presiden la corrida y deambulan por la cornisa. ¿Cómo ve T. el paisaje de Euskalherria? Es para él “suave, agradable, ver-

de y ondulado". Decididamente su etapa vasca le resultará al final lo más bello que ha contemplado en su viaje por los Pirineos. La arquitectura atrae su atención. Las casas de piedra pintadas de blanco, las vigas de oscura madera que abundan en Lapurdi y menos en Navarra, las paredes sin ventanas que miran al Oeste, los múltiples y pequeños balcones, los caseríos ricos unos, pobres otros como barracas, las galerías de madera en el interior de las iglesias de Iparralde que T. relaciona con la masiva afluencia de fieles a los templos con ocasión de una serie de bulas excomulgatorias de herejes en el siglo XIII.

T. es muy sensible al mundo de los animales. Sufre en la corrida de Bayona ante los caballos que los toros destripan, ante los toros que los toreros martirizan. Le llaman la atención las innumerables ovejas que blanquean los campos, los bueyes apacibles con su ornato cabecero multicolor y la red que los protege de las moscas, los carros primitivos cuyos ejes chirrían "para que no se aburran los animales" le ha dicho alguien. También los maltratados asnos. T. se compadece también del tormento de vacas y terneros sedientos en la feria de ganado de Saint-Jean-Pied-de-Port. Le sorprende la multitud de machos cabríos y carneros. Y pone el hecho en relación antropológica con la inclinación de un pueblo hacia la magia y la superstición.

Por fin y sobre todo el mundo humano, T. ve a nuestros habitantes como personas bien parecidas, de rasgos marcados, de mandíbula fuerte, dotados de libertad interior, sosegados, conscientes de su fortaleza, independientes y muy distintos del resto de los ciudadanos de Francia. Euskalherria es como un pueblo de marinos que viviera entre montañas. T. los oye hablar en su lengua. El sólo sabe francés. Y latín a medias. Lo emplea para hablar cuando topa con un clérigo español. Comprueba que hay vascos que sólo hablan euskera. Una lengua única y enigmática que él no puede juzgar si es bella o fea. Un idioma con enormes dificultades para sobrevivir. T. afirma que a pesar de lo poco sensible que es la administración de París a las peculiaridades de sus regiones, a pesar también del orgullo vasco, no existe propiamente un problema vasco. Y añade: "aquí nadie quiere ser salvado porque nadie se siente oprimido". En Saint-Jean-Pied-de-Port presencia una justa de bertsolaris. No entiende nada. Al final uno de los contendientes se lo explica todo. Cómo al bertsolari le cuesta arrancar y también terminar. Cómo eligen los binomios de antagonismos: alegría del soltero-alegría del casado, automóvil-carro de bueyes, agua-vino, sandalias-zuecos. Cómo es la versificación a uno y a otro lado del Bidasoa. Cuáles son las cualidades del bertsolari y los pocos seguidores que ahora tienen.

Casi más que por el espectáculo de los bertsolaris T. ha quedado fascinado por otra justa. Un partido de pelota. Son varias las páginas que dedica al suceso. Lo comprendemos. Debió de tratarse de un enfrentamiento famoso entre pelotaris del norte y del sur de Euskalherria. T. ha retenido un nombre: Léon Dongaitz. Por la mañana T. ha estado en misa. Nos dice con simpatía e ironía que no es sobre el evangelio de Juan o Marcos o

Mateo sobre lo que el cura construye su homilía. Es un panegírico ferviente del pelotari como muestra cualificada de la raza. Le sorprende a T. este tipo de clérigo y lo compara con el pastor protestante rígido y distante. Su sorpresa irá en aumento cuando le vea tras la misa llegarse al frontón, arregangarse la sotana y tomar parte como uno cualquiera en el juego de pelota. T. sigue por la tarde con el mayor interés el partido anunciado desde muchos días antes. Mira más al público que a la cancha. Y queda fascinado por el comportamiento del pueblo. Tanto durante el encuentro como después de él. La banda de música, las exclamaciones, el baile que sigue, el vino que corre. Nunca ha vivido algo igual. En ninguna parte ha encontrado un sentido de solidaridad y de mutua pertenencia de las gentes como aquí en medio de este pueblo en fiesta.

T. dedica también su observación y comentario a otras facetas de la vida del país. A la vida de familia, al patriarcalismo, a la condición de la mujer que “sirve pero no se siente oprimida”, al atuendo de los días ordinarios y festivos, a la boina naturalmente, al patrimonio agrario que ha de permanecer indiviso en claro desafío al derecho francés. En los cementerios le sorprende el *lauburu*. Le remite sin querer a la odiada cruz gamada de los nazis. “Nunca de un símbolo histórico se hizo un abuso más sucio”.

T. pasó la frontera. Ya lo dijimos. Quería visitar dos santuarios. O quizá mejor, un santuario y un lugar: Loyola y Roncesvalles. El automóvil que le conduce sigue la línea de la costa. Las buenas carreteras del lado español, le sorprenden. También la presencia en ellas de gitanos, de “guardias y de curas, de curas y de guardias”. Pasan por Zumaya en donde reside en estos momentos Zuloaga. De pronto se abre ante ellos el valle de Loyola. “Se me detuvo el corazón”, confiesa T. Visita la casa natal de Ignacio de Loyola. Los materiales de la arquitectura interior le sorprenden por su nobleza pero no le parecen lujosos. Contempla por una ventanilla el rezo de los novicios. T. es un gran asteta. Queda prendado de aquellas cabezas nobles, de aquellos movimientos plenos de elegancia. Todo ello le parece un signo de carácter, inteligencia, espiritualidad. “Nunca vi rezar con tanta belleza”. T. tiene sus ideas acerca de los jesuitas y su influencia. Desde la casa de Loyola se gobernaría España. La obra de formación del futuro jesuita sería como el camino del yoga, como un método inteligente y eficaz de transformar la persona arrojándola primero a un estado de pasividad y semiparalización para provocar desde ahí el brote de un torrente de energía y fortaleza. También la repetición del *ora pro nobis* estaría en relación con la metodología oriental de los *mantras*. Desconexión del consciente, anestesia del sistema nervioso, apertura del inconsciente. “Así penetra el veneno por todos los poros”, concluye el no sabemos si ateo o agnóstico o anticlerical o creyente escritor. ¿Quién tiene derecho a pronunciar un veredicto en asunto tan personal y profundo? Pero lo que sí es cierto es que a T. el fenómeno religioso en nuestra tierra le merece un interés y atención notables. El pueblo vasco es considerado expresamente por él como un pueblo religioso, espontáneamente religioso. El clero le parece un clero que vive cerca del pueblo. La Iglesia en general es vista como una institución

que ha desempeñado siempre un papel importante a lo largo de la historia del país.

Roncesvalles es la última estación de T. a este lado de los Pirineos. La visita del monasterio le produce una impresión que no dudamos en calificar de negativa. No suaviza su lenguaje. Ni el recinto del convento ("un convento con calefacción central ya no es un convento"), ni la riqueza que le parece excesiva, ni el rezo coral que le parece "grueso y demasiado fuerte" han sido del agrado del viajero. Incluso dedica su observación y sarcasmo al sacristán a quien ve como enfermo de ictericia y microcefalia.

De Roncesvalles desciende a Saint-Jean-Pied-de-Port. Aquí recoge T. algunas de las vivencias más positivas y profundas de su visita vasca. Lo consignamos ya. De aquí pasa a Mauléon. T. que tuvo siempre notable debilidad por las mujeres nos refiere un corto lance con la esposa del dueño de un café. De Mauléon a Tardets. "¡Tardets, espejo del País Vasco! Tardets rincón desconocido que no eres más que luz...", exclama con Francis Jammes. Aquí se aventura sin guía por el inverosímil terreno del cañón de Kakueta (Les gorges de Cacouetta). Lo pasa mal pero al fin sale airoso. T. deja el País Vasco y entra en el Béarn. Ya no retornará. Consigo lleva un mundo de impresiones que van a contribuir sin duda a enriquecer su personalidad. Fueron unos días felices en su nada larga y apacible vida. No falta mucho tiempo para que su salud comience a resentirse y la depresión muerda su alma. Hasta que allá en el exilio de Hindas, en el triste invierno escandinavo, eche mano de la dosis de veronal que ponga fin a su vida.

Nuestra admiración para Kurt Tucholsky. Para el hombre que tuvo sensibilidad para lo mejor de nuestro país. Para el ciudadano constantemente en lucha contra todo lo que rebaja al hombre. Para el alemán que no se alineó con los verdugos de Guernica sino que por el contrario sucumbió en realidad a su violencia.

Alfredo Tamayo Ayestarán